

Sobre los fines de la historia

About the ends of history

Reseña de: Sanmartín, Israel, *El debate historiográfico sobre el fin de la Historia de Francis Fukuyama*, Oxford, Berna, Peter Lang, 2020, 613 pp. ISBN: 978-3-0343-179-9.

 JUAN ALBARRÁN DIEGO
Universidad Autónoma de Madrid
juan.albarran@uam.es

En el verano de 1989, Francis Fukuyama publicaba “The End of History?” en la revista de orientación neoconservadora *The National Interest*. El artículo generó un enorme revuelo. Críticas y réplicas se sucedieron durante años. Poco después, Fukuyama amplió sus argumentos en el libro *El fin de la historia y el último hombre* (1992), en cuyo título desaparecía el signo de interrogación. En cierto modo, con su artículo Fukuyama se había adelantado a la caída del Muro de Berlín y el posterior colapso del bloque soviético. Su tesis venía a decir que el mundo libre había ganado la Guerra Fría. No había alternativa ideológica al capitalismo. El triunfo del modelo estadounidense de gobernanza —democracia liberal— y expansión económica —basada en el libre mercado— iba a dar paso a la definitiva occidentalización de la vida en el planeta. Este punto en la evolución ideológica de la humanidad significaba, para Fukuyama, un final de la Historia —con mayúsculas—, entendida esta como un proceso coherente y lineal, y, sobre todo, como un relato marcado por las fricciones entre diferentes modelos de organización política y económica de las sociedades. Como aclaraba por extenso en su libro, la lucha por la legitimidad y el reconocimiento entre las distintas naciones se vería reducida a la mínima expresión en una comunidad internacional capitalista y democrática, libre de las tensiones que se habían sustanciado en sucesivas confrontaciones entre fascismo, comunismo y capitalismo a lo largo del siglo xx.

En *El debate historiográfico sobre el fin de la Historia de Francis Fukuyama* el profesor de la Universidad de Santiago de Compostela, Israel Sanmartín, ofrece un pormenorizado análisis del trabajo del politólogo estadounidense. No solo desentraña

Recibido: 19 de enero de 2021; aceptado: 2 de febrero de 2021; publicado: 31 de marzo de 2021.

Revista Historia Autónoma, 18 (2021), pp. 225-228

e-ISSN: 2254-8726; <https://doi.org/10.15366/rha2021.18>



el contexto intelectual y geopolítico de redacción y recepción de su ensayo, también estudia los antecedentes y fundamentos teóricos de la hipótesis sobre el fin de la Historia, las causas de la enorme repercusión de sus teorías, así como los diálogos con sus críticos, a izquierda y derecha. En ese viaje, Sanmartín expone con claridad los vectores ideológicos que atraviesan el pensamiento de Fukuyama señalando, al mismo tiempo, sus contradicciones en busca de una especie de “refutación interna” de su teoría.

En primer lugar, a la altura de 1989, era evidente que en el mundo “solo había dos docenas de democracias liberales estables que habían conseguido sus logros después de muchas luchas” (p. 142). Además, en esos momentos se podían percibir las crecientes desigualdades entre el norte rico y el sur pobre, la persistencia del autoritarismo en no pocos países, la desintegración del concepto moderno de estado-nación, diferentes alternativas al capitalismo hegemónico articuladas desde la izquierda, así como nuevos retos derivados de la crisis ecológica o la evolución demográfica. La democracia liberal era un concepto más discutido y heterogéneo y una realidad menos estable y extendida de lo que el intelectual de origen japonés quería hacer ver.

En cierto modo, los esquemas teóricos de Fukuyama parecían ignorar la complejidad de las realidades históricas sobre las que trataban de producir sentido. Podría decirse, como Sanmartín sugiere en varios puntos, que su trabajo tenía un carácter más prescriptivo que descriptivo. Así, el reconocimiento entre los individuos y estados, que Fukuyama, basándose en Hegel y Kojève, consideraba el motor de la Historia, se había concretado durante la segunda mitad del siglo xx en la apoteosis social del individuo —del individualismo más radical— y en la imposición *manu militari* del *american way of life*. Es sabido que la competitividad entre los individuos inherente a ese modo de vida genera exclusión y desigualdad, al tiempo que debilita la cohesión social, y que estos son problemas que resquebrajan los cimientos de la democracia. La política internacional de Estados Unidos, como potencia autoerigida en guardiana del credo liberal, aviva conflictos y reproduce dinámicas imperiales. En último término, provoca un enorme sufrimiento alrededor del globo.

El determinismo voluntarista que parecía estar tras las tesis de Fukuyama no podría comprenderse sin su proximidad a los círculos políticos neoconservadores y sin su complicidad con la Administración Bush (padre), para cuyo Departamento de Estado trabajó por un breve periodo de tiempo justo después de redactar “The End of History?”. Algunos años más tarde, también formó parte del Comité de Bioética de la Administración Bush (hijo), y, en un primer momento, apoyó explícitamente las intervenciones militares estadounidenses en Afganistán (2001) e Irak (2003). En un artículo publicado en 2004, no obstante, se distanciaba de los postulados neoconservadores y criticaba la invasión de Irak.

No hay que olvidar, por otra parte, que durante los años ochenta las investigaciones de Fukuyama se habían centrado en el mundo soviético. Desde su posición, crítica con el

socialismo real, en la recta final de la Guerra Fría, no puede extrañar que no supiese o quisiese atender a los desarrollos de nuevos sujetos y propuestas políticas ni considerar otras tradiciones culturales no occidentales, que, en esos momentos, estaban señalando las injusticias cometidas en nombre de la democracia liberal. Aunque "Fukuyama matizaba que su Historia Universal no es universal de todos los pueblos y culturas, sino que es una tentativa de encontrar normas con significado en el desarrollo general de las sociedades humanas" (p. 331), su teoría tiene un fuerte carácter eurocéntrico y, en consecuencia, ignora los vínculos entre colonialidad, modernidad y democracia liberal que estaban siendo puestos en crisis desde los estudios subalternos y poscoloniales.

La investigación de Israel Sanmartín da cuenta de estas circunstancias contextuales y expone los cambios en las opiniones y posicionamientos de Fukuyama a lo largo de los años. En su libro, además, estudia de manera muy minuciosa problemas que pueden parecer laterales al debate historiográfico en torno al final de la Historia—el ambiente intelectual de Washington a finales de los ochenta, la génesis del neoconservadurismo estadounidense, las alternativas socialdemócratas tras el naufragio del socialismo real, los conceptos de historia en Hegel y Marx, las bases del pensamiento de Kojève, etcétera—, pero que, sin embargo, dotan al trabajo de una gran solidez teórica y lo alinean con una historia intelectual de nuestro tiempo presente.

Desde ese territorio, Sanmartín aboga por una historia con varios fines —objetivos, no finales—, zigzagueante, discontinua y multideterminada. En su opinión, la escritura de la Historia debería tener en consideración los procesos y hechos que tienen lugar y no tanto los deseos del historiador. La Historia no tiene un único motor, ya sea este el reconocimiento o la lucha de clases. Si nos enfrentamos, por tanto, a una "multiplicidad de motores", no tendría sentido "hablar del debate de *el fin de la Historia* sino de los *fines de la Historia* asumiendo que la Historia no tiene metas preestablecidas, y que en 1989 dio comienzo un profundo viraje histórico. En el mismo sentido, cabe preguntarse a dónde nos lleva éste, quién lo conduce, en favor de qué intereses y cuáles son las alternativas. El futuro está abierto y es necesario ayudar a que los sujetos de la Historia construyan muchos futuros que garanticen una vida libre y pacífica, plena y creativa, para los hombres y mujeres de todas las razas y naciones. Con ese fin, se debe contribuir a construir una *nueva modernidad* que, aprendiendo de los errores de la historia y de la filosofía, piense teóricamente sobre el sentido del progreso que demanda la sociedad" (p. 110).

En enero de 2021, mientras leía el libro de Sanmartín y comenzaba a escribir estas líneas, un nutrido grupo de seguidores del presidente Donald Trump irrumpía en el Capitolio de Washington con el objetivo de impedir la confirmación del candidato demócrata, Joe Biden, como nuevo presidente de los Estados Unidos. En unos tiempos marcados por la pandemia de la COVID-19, ya era innegable que acontecimientos históricos de calado iban a seguir transformando la vida de nuestras sociedades. Pero, más allá de la evidente sucesión de hechos

sobre los que seguir produciendo Historia, el asalto al Capitolio también ha puesto el foco sobre las fisuras de la democracia liberal que Fukuyama consideraba sólidamente asentada en el país que la vio nacer. Todavía está por ver cuáles serán las consecuencias del asalto en Estados Unidos y en el panorama político internacional. Parece evidente, no obstante, que la crisis abierta por Trump debe ponerse en relación con las mutaciones del pensamiento conservador y el auge de la extrema derecha en todo el mundo, las transformaciones sociales derivadas de una economía global financiarizada y el creciente descrédito de las instituciones democráticas. Procesos de una enorme complejidad que el trabajo de Israel Sanmartín ayuda a comprender e invita a historiar.